

La vara de la hada

Grabado de Sergio Hernández

Arnoldo Kraus



Sergio Hernández, *La vara de la hada*, grabado al aguafuerte, al aguafuerte y punta seca, 190 x 107 cm.

Suspendida en el aire nos mira. En el aire inmemorial que siempre regresa, que siempre nos habla. Nos mira entre los poros del viento, entre los resquicios que labra el pincel cuando toca las almas. El aire nació cuando la tierra aún no despuntaba. La muerte nació antes que el aire, antes que la tierra.

El aire viaja entre almas vivas y cuerpos muertos. En sus redes la memoria teje la vida vieja, la vida muerte, el tiempo eterno. El aire no cesa, no envejece, no muere. Su hálito sostiene las palabras del mundo, y quizá, la mirada de los muertos. Cuando la punta de metal hiere la lámina, el ánima y la muerte se tiñen en el cielo. Hernández aguafuerte, Hernández cobre, Hernández barniz. Tras el largo invierno la muerte cobra vida.

Suspendida en las venas del aire la muerte observa. Escarba y atestigua. Esperan el agua, la tierra, la mujer, el hombre, el céfiro. Cava la pala, murmulla el pincel. Los trazos golpean, la tierra camina: todo es luz. Incontables rostros, impensables guiños, insectos humanos, humanos insectos perseguidos por el demonio, humanos *kafkianos*, bichos abigarrados. Miradas tristes, miradas largas, miradas que duelen. Miradas muertas, miradas que transmiten el sinsentido del caos. El pincel no reposa: cava cuando baila, habla callando.

La muerte nos mira. Exige que la veamos. *Tócame, desnúdame, cántame*. Exige que seamos ella antes de partir. Que seamos el viento que transporta los cuerpos. Que seamos los huesos que sostienen el alma.

La muerte respira, la muerte aguarda. Entre sus lomos, apenas visibles, los dados. Cuadrados o amorfos, volando o en reposo. Un punto, tres puntos. Los dados, el tiempo: ruedan y ruedan y ruedan. Nunca paran. Los dados: ¿Son suerte?, ¿son el riesgo de saberse vivos?, ¿son tiempo?, ¿son miedo?, ¿son pregunta?, ¿son serendipia?, o, ¿son tan sólo el pulso de la muerte? El juego es infinito. Como las manos de Hernández.

El cepillo de hierro cercena. ¿Cuántas muertes hay en la vida?, ¿cuántos rostros imagina Hernández? La mirada no cesa. Mueve, captura, embriaga la mañana. Penetra el cobre. Pinta. Pinta las caras de la muerte, la sangre del silencio. Pinta la trompeta que acuna en sus notas los dedos del viento, los sueños de la noche. Un trazo,

otro trazo, el barniz. El cabello que arropa la cara, las caras que miran de frente. Silencio. La luna. Silencio. La muerte dueña del mundo debe esperar.

Las ruletas hieren el metal. El crujir rompe la insonoridad: sangra la vida, sangra el sudor. Habla Hernández las arrugas, el calor, las bocas, las palabras, las libélulas que miran, los guiños, el ojo que avizora la tumba, el cuerpo, el lento mutismo del pincel que salpica tiempo, la vida que brota, la muerte que nace, la entropía que asfixia.

Las caras observan. Perforan el pensamiento y entre noche y noche le cantan al dolor de la muerte que cura. Nace un rostro, nace otro, nace la vida, nace el tiempo: No hay leños verdes en este bosque sinfín.

Un rostro mira, otro pregunta. Un cuerpo hombre, un insecto mujer, un gusano pequeño que baila. Una calavera inmortal que dice, *no duele la muerte, duele la vida*. Una mariposa que recuerda, *el diablo es el único que sabe que la muerte es un engaño*. Un insecto piensa, *aquí estoy. ¿Acaso tu piel no siente, acaso tu olfato no recuerda?* Un ser amorfo que asegura, *aunque huyas amor mío, siempre serás el tiempo pasado, el tiempo mañana*. Bichos *kafkianos*, incontables sabandijas: eso somos.

La punta del metal teje. Múltiples insectos se miran, se hablan, nos advierten: los muertos viejos entierran a los nuevos. La muerte, siempre la muerte. La muerte cobija la vida que enciende cada mañana el mundo de Hernández. Recuerda la voz anónima: "Ha transcurrido un año sin tus labios, un año sin tu voz. Mi boca no muere".

Atrás queda el lomo del cobre, el olor a barniz, el vacío imposible, las ideas heridas, los huesos flacos donde pincel y memoria se confunden. Quedan las palabras rotas, los colores fugaces y el tiempo imperceptible que sostienen las manos del artista. Queda la herida abierta. La llaga que marchita la luz. La herida que aguarda las caricias del aguafuerte, la herida Hernández. Queda el grabado que detiene la muerte. Bichos *kafkianos*, incontables sabandijas: eso somos. **||**



La vara de la hada, detalle



La vara de la hada, detalle